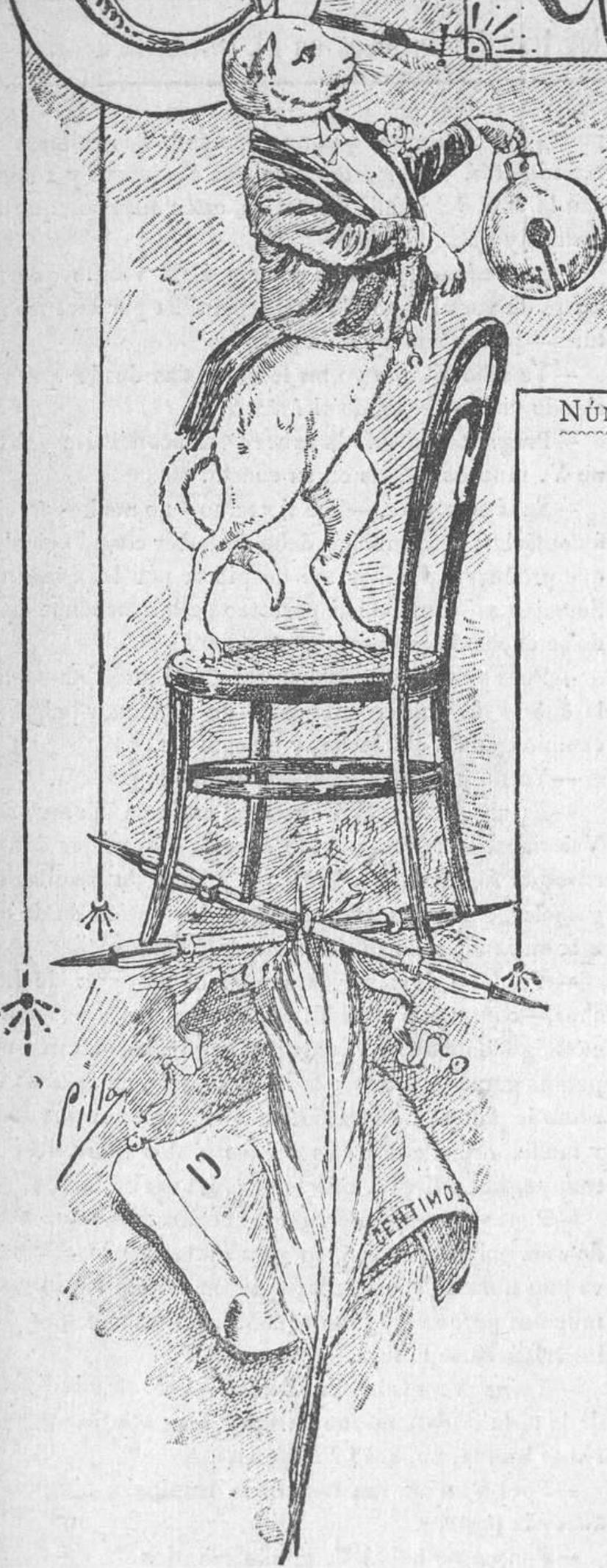


EL CASACABEL



Núm. 16. EPOCA TERCERA Año I.

SILUETAS, por Mecachis.



—¡Caballero, una limosna, por Dios! ¡Tengo el hijo enfermo y cuatro mujeres, la mayor de quince años!

REDACTORES

Bustillo (D. Eduardo).
 Cavia (D. Mariano de).
 Jackson Veyan (D. José).
 López Silva (D. José).
 Palacio (D. Eduardo de).
 París (D. Luis).

Paso (D. Manuel).
 Pérez Zúñiga (D. Juan).
 Sierra (D. Eusebio).
 Taboada (D. Luis).
 Torromé (D. Rafael).
 Yráyoz (D. Fiacro).

COLABORADORES

Todos los buenos escritores festivos.

DIBUJANTES

Angel (D. Manuel).
 Cilla (D. Ramón).
 Escaler (D. Ramón).

González (D. Melitón).
 Sáenz Hermúa (D. Eduardo) (*Mecachis*).

Advertencia.—Queda prohibida la copia de los trabajos insertos en EL CASCABEL



El calor no respeta clases, sexos ni condiciones. Pero las personas pudientes se defienden

más ó menos del achicharramiento canicular, dando con sus cuerpos en Santander, Biarritz ó Carabanchel de abajo, mientras el elemento proletario suda el quilo, sin permitirse otro esparcimiento que la salida nocturna por las afueras de la capital, abandonando la mazmorra miserable al dominio exclusivo de las pulgas.

Muchas de nuestras calles presentan animado aspecto desde las nueve de la noche en adelante.

A las puertas de las casas forman corro la portera, el tabernero, la vecina del sotabanco, la tendera de enfrente, dos ó tres muchachas de la vecindad y algún que otro agregado á la tertulia.

En ésta se murmura de todo el barrio; se comentan los sucesos culminantes del día; se cuentan cuentos de todos colores, predominando el que Vds. pueden figurarse, y al par que se toma el fresco (según dicen) se toma el pelo á los vecinos que lo merecen.

Allí se ríen las muchachas del señor que vive en la casa de al lado, carabinero retirado él, tan fogoso y tan despreocupado que pasa la noche al balcón en calzoncillos, con su señora á la derecha y un botijo á la izquierda.

Allí se ridiculiza al gentil mancebo que pasa el día entero, sin temor á la muerte por derretimiento moral y material, frente al domicilio de su novia, señorita fresca de suyo, que parece una espumadera con faldas.

Allí se pone de vuelta y media, y aun de dos vueltas, al infeliz transeunte que pasa arrimado á la pared y no tiene la previsión de salirse al medio de la calle para salvar la integridad del corrillo; de aquel corrillo obstruccionista, que en lo murmurador puede hacer competencia á los arroyuelos más acreditados.

Allí, en fin, se reniega del casero (esto se hace también fuera de allí); se silba ó se tararea la canción más en boga, con grave detrimento de la misma; se echan

pestes del Gobierno, que no pone coto á los abusos del termómetro, y de los insectos que amenizan y amenazan la vida del infeliz mortal en estos tiempos que corremos y que sudamos.

—Sr. Pedro—le dice la portera á un vecino que fué sastre de portal y hoy lo es de guardilla por ascenso natural—¿cómo andamos de pulgas?

—Ya sabe V. que yo las tengo malas desde que voy siendo viejo—responde el *interfecto*.

—Pregunto—añade la cancerbera económica—si tiene V. muchas pulgas en su cuarto.

—Señá Bastiana,—dice el vecino—no me he atrevido á contarlas; pero muchas debe de haber cuando el ruido que producen al saltar me despierta por las mañanas. Semejan así como el chisporroteo de los carbones cuando se enciende lumbre.

—Pues yo—dice la cacharrera de la esquina—tengo la suerte de que en mi cuarto no haya una pulga. En cambio, pida V. chinches y mosquitos.

—Yo no pido esas cosas—responde la portera.

—Es un decir. ¿Y V. qué tal anda de bichos, señá Valeriana?—pregunta el tabernero á otra mujer del corro, que fué alcaldesa de barrio y tuvo de resultas dos gemelos, como dos comadrejas, á los cuales da de mamar en la vía pública sin pizca de recato.

—Yo debo de tener la sangre como agua de Loeches,—contesta la señá Valeriana—porque no se meten conmigo los bichos. Váyase por lo que martirizan á mis pobres gemelitos. Sobre todo al *mayor*, da lástima ver cómo le ponen. La otra noche se le comieron tres dedos y media oreja entre seis pulgas y dos mosquitos de trompetilla. ¡Mire V. que se necesita mala idea!

—Pues yo creo—interrumpe el tabernero—que usando esos polvos que venden para matar los insectos, se ve uno libre de ellos; sobre todo en cuanto los insectos mueren; porque luego no queda más trabajo que darlos cristiana sepultura.

—Tiene V. razón, Sr. Benito—dice otra individua de la tertulia.—A mí me va muy bien con los polvos. No es broma, no, señá Bastiana.

—Pues á mí no me han dado resultado ninguno—añade la portera.

—Porque no habrá V. sabido echarlos.

—Sí, señora; pero se conoce que no estaban bien preparados.

—Pues mire V. Yo tengo la casa plagada de correderas, aunque me esté mal el decirlo. ¿Y sabe V. qué hago? Derramo en el suelo una caja de polvos, y á ellos acuden en tropel las inocentes y se atracan, y al cabo

de dos días notan así como vértigos y náuseas y andan por la casa sin darse cuenta de lo que hacen. Después no hay más que dar un buen escobazo á cada una, y es asunto concluído.

En estas y otras conversaciones de actualidad pasan la noche los miembros del corrillo, sintiendo tener que abandonar la puerta de la calle, para lanzarse sobre incómodos catres, en habitaciones que más bien son altos hornos, donde parece increíble que seis meses después haya de congelarse hasta el aliento del inquilino.

Si es que le queda aliento para entonces.

*
*
*

La afición al juego de pelota va adquiriendo proporciones alarmantes.

El público es así. Hace un año nadie se acordaba en Madrid de que había frontones ni pelotaris.

Ahora no nos extrañaría que los caseros pusieran á la puerta de sus fincas este letrero:

«Hay ascensor, agua y frontón.»

A la vuelta de algunos años cada ciudadano tendrá un frontoncito para su uso particular; el ideal de las jóvenes casaderas, será pescar un marido pelotari, y no nos chocaría que nuestra vecina la señora de Bolea, en vez de invitarnos á jugar al tresillo, nos invitase á jugar á la pelota, que es pasatiempo más movido é higiénico.

En el actual momento histórico sólo pensamos en las tardes del *Jai-Alai*, y no leemos en los carteles más que nombres enrevesados: *Arrigorriaguerrichagas* y *chiquitos* de... aquí ó de allá.

Aún esperamos ver sustituida la estatua de Colón por la del *Chiquito de Abanto*.

Mas ¡quién sabe! ¡El público es tan variable y tan caprichoso!...

Sin embargo, hay quien asegura que tenemos pelotas para rato.

Dios sobre todo, que dijo alguien.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

UN CARÁCTER

—¡So granujal

—¡Que te calles!

—¡No me da la gana!

—Mira

que ya me estás calentando como casi *tóos* los días, y hoy traigo muy malo el vino.

—¿Y qué?

—*Ná*, que como sigas dándome murga, te meto dos *patás* en la espinilla, lo mismo que hay Dios.

—De boca

metes tú mucho.

—¡Balbina!...

—¿Dónde has *estao*?

—En el *meeting*.

—Pues en el *meeting* hacías, de seguro, tanta falta como los perros en misa.

—Yo hago falta en todas partes.

—¡Tampoco!

—Pero *muchísima*.

Porque el hombre que se aprecia debe tener compañías, y *sociedax*, y amistades, y relaciones, y Biblias si á mano viene, que el hombre no es una caballería *pa* que esté con su mujer á todas horas.

—¡Atiza!

¿Pero quién te ha dicho á ti que tú eres hombre?

—¡¡Balbina!!

Más vale callar, porque hoy estás muy provocativa, y me conozco, y no quiero ponerte la mano encima. Saca la cena.

—No hay cena.

—¿Por qué?

—Porque la que había se la ha comido Polonio, que ha *estao* aquí de visita.

—¡Ay, su madre! ¿Y quién le ha *dao* la autorización?

—Yo misma.

—¿Tú?

—Yo.

—¡Pues *mialas!* por éstas, que pierdo el nombre de pila si no echa mañana mismo lo que ha *cenao*.

—¡Qué noticial

¡*Te* se van á hacer los sesos agua! ¡¡*Cuidao* que cavilas!!

—¿Es que te estás chuleando?

—Una cosa parecida.

—Tú vas á hacer que *me* se hinchen las narices cualquier día, y te caes, porque ya sabes quién soy ya cuando *me* se hinchan.

—Una fiera *pa* el pan.

—¡*Ele!*

Y *pa* las personas.

—Mira:

ya te estás *diendo pa* el catre;

pero cómo, enseguidita,
ú me quito una alpargata
y te doy la gran paliza
pa tí solo.

—Y luego yo
te pico *pa almondiguillas*,
es un suponer.

—¿Sí, eh?

¡Pues, toma! *pa* ver si picas.

—¡Estate quieta!

—¡No quiero!

—¡Que das muy fuerte, Balbina!

—¡Me da la gana!

—*Carcula*

que haces daño, y que denigras,
y que tengo mal *carácter*.

—¡Qué has de tener, so gallinal
Vete á la cama.

—Me voy
porque no quiero que digan
en la casa que discuto
con una mujer *indigna*;
pero en cuanto que te metas
en el catre... ¡Ay, tu familia!
Ná, que voy á hacer contigo
lo que no he hecho *entodavía*.
—¿Qué *novedaz* va á ser esa?
—Destemplarte la ternilla
de la nariz.

—¡Ay, qué miedo!

—Ríete, que aunque te rías,
lo que es dos ú tres meneos
ni el mismo Dios te los quita.

J. LÓPEZ SILVA.

PERSONAS DELICADAS

Hay personas que viven en un grito, porque creen que se van á morir de un momento á otro. Las hay también silenciosas, pero revelando en el rostro terribles sufrimientos, y las hay, por último, tímidas y previsoras hasta el punto de ponerse en los oídos dos bolitas de algodón en rama á guisa de tapones.

El mundo está lleno de seres aprensivos que se dedican á darnos la jaqueca refiriéndonos á todas horas sus imaginarios padecimientos.

—Mire V.—nos decía hace poco una señora que parece una corredera.—Desde el año 78 no he tenido un día bueno. Por las tardes se me fija un dolor en la parte interna del ombligo, que me vuelve loca. He consultado con los principales médicos, y unos me han mandado el bismuto, otros la harina de linaza, y otros el bacalao frito; pero todo es inútil.

No hay nada más molesto que tener que viajar con una de estas personas *enfermizas*, que llegan al coche y comienzan por abrigarse la frente con un mantón. Después se envuelven las pantorrillas en una manta, y después sacan una botella llena de elorato ó de cualquier otro líquido bienhechor, y no cesan de beber en todo el camino.

Yo he tenido la desgracia de viajar con un matrimonio que iba á bañarse á Ontaneda.

El marido parecía un infeliz, con la cara llena de costurones procedentes de la última invasión variolosa. Aquella ya no era una cara: era un azucarillo. La mujer entró en el coche lanzando ayes de dolor y poniendo los ojos en blanco.

—Ceferino, ponme bien la almohada—dijo con acento débil, dirigiéndose á su esposo.

Y él, después de dejar en la regilla cinco ó seis bul-

tos, entre maletas, lios y frascos medicamentosos, extendió una manta sobre los almohadones, colocó la almohada en uno de los extremos del coche, y cogiendo á su esposa por debajo de los brazos, la acostó cuidadosamente en el asiento, diciéndola:

—¿Vas bien así, Filito? ¿Quieres que te suba un poco más la cabeza? ¿Quieres que te ponga otras medias para que no te constipes? No te echas aún, Filito, que voy á taparte la cara con mi gorra para que no te éntre el polvillo de la máquina.

Ella se dejaba querer, exhalando ayes lastimeros y limpiándose los labios con una servilleta.

El tren se puso en marcha, y lo primero que hizo aquel esposo modelo fué cerrar las ventanillas del carruaje y decirme con cierto entusiasmo cariñoso:

—La pobrecita está muy delicada. ¿Sabe V? Porque en dos años tuvimos seis criaturas, á dos por año; sólo que todos se nos desgraciaban antes de venir al mundo. ¡Caramba! ¿Qué se echa V. en el pelo? Huele V. á pomada.

Y aplicó las narices á mi cabeza, para oler con más comodidad.

—Sí, sí; es pomada de heliotropo... y lo siento, porque á mi señora los olores fuertes le producen mareos. ¿Quiere V. hacerme el favor de sentarse en aquella esquina?

La señora, en cuanto oyó hablar de pomadas, se puso á toser y á decir que le dolían las sienas; y entonces el marido sacó un pañuelo de hierbas y me lo presentó, diciéndome:

—Tenga V. la bondad de atarse á la cabeza este pañolito para que no salga el olor del heliotropo.

Yo me resistí, y él se puso muy incomodado, llamándome cruel y otra porción de cosas, á cual más depresivas.

En Villalba la señora pidió tila, y el esposo sacó de la maleta una maquinilla de espíritu de vino y un bote

REFLEXIONES



Deben de ser socialistas
los seres del mar profundo,
porque salen las sardinas
al lado de los besugos.

EN LAS PLAYAS.



—¿Y para qué quiere V. bañarse conmigo? ¿Sabe V. nadar?
 —No; por eso precisamente... me iría en seguida á fondo.



—¡Ah! Eres mi mujer, y sin embargo me pellizcabas?
 —¡Hombre! Ya comprenderás que no te había conocido.



A orillas del Manzanares, buscando un poco de agua.

DEL CIRCO

EN EL CUARTO DE LAS NADADORAS



Un besugo del abono.

EN EL PÚBLICO



Con los clowns.

Con los caballitos.

Con los trapecios.

Con las nadadoras.

PERSONALIDADES EUROPEAS



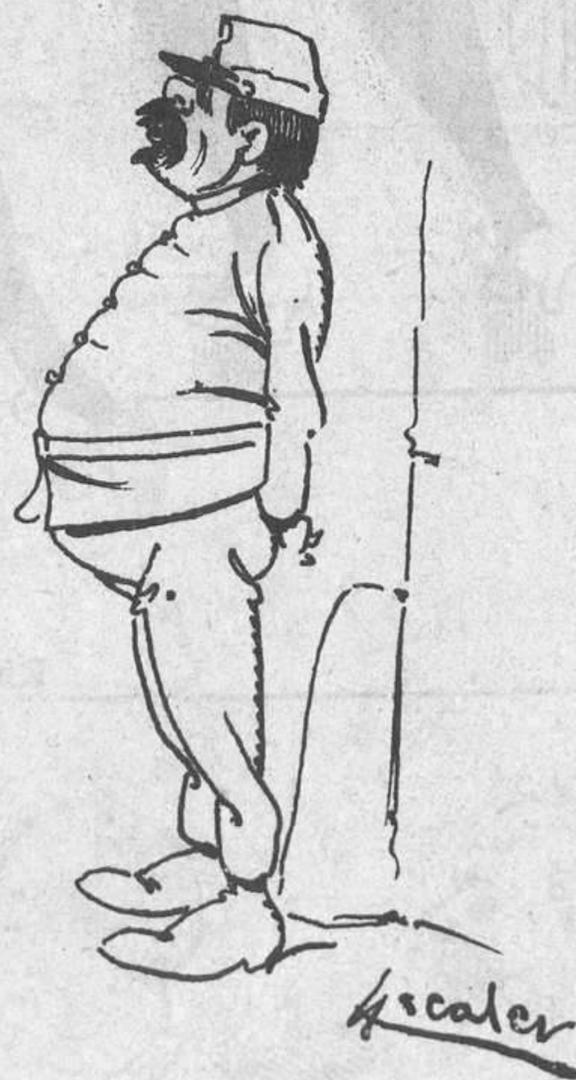
Mikocolopoff



Signor Angelini.



Mister Thon Bill



Rodriguez.

scaler

de zinc y encendió la lamparita para calentar el agua. En esto entró en el coche un capitán de la guardia civil, hombre de genio fuerte, y dejó caer el tricornio sobre el cacharro.

—¡Caramba!—gritó el esposo.—Bien podía V. ver dónde deja las cosas. ¡Pues, hombre! Esta es una falta de consideración.

—¿Qué?—preguntó el militar con mal humorado acento.

Por toda respuesta, el esposo fué á consolar á su señora, que se había incorporado y se llevaba ambas manos al vientre.

Yo dirigí la palabra al capitán para ponerle al corriente de cuanto allí pasaba, y ambos convinimos en la conveniencia de bajar la ventanilla, porque el calor era insostenible.

—¿Qué van Vds. á hacer?—preguntó el esposo abriendo los párpados desmesuradamente.

—A respirar, contestó el guardia civil.

—¿Cómo? ¿Queréis vos matar á mi señora?

Pero viendo que sus protestas resultaban inútiles, cubrió el cuerpo de su adorada mitad con una manta y le envolvió los pies en una toquilla, dirigiéndonos miradas de odio profundo.

—¡Qué abuso!—iba diciendo entre dientes.—¡Qué falta de caridad!

—Déjalos, Ceferino—exclamaba la esposa.—Se conoce que es gente ordinaria y no tiene costumbre de viajar en primera.

Yo tuve que contener al guardia civil, que quería decirle cuatro frescas á aquella señora deteriorada. Después

encendimos nuestros cigarros, y ella comenzó á toser y á retorcerse toda, hasta que viéndonos impasibles acabó por quedarse dormida.

Una hora después, entreabría los ojos para llamar á su marido y pedirle agua de azahar con unas gotitas de éter.

El hombre, que llevaba una tienda de comestibles en el saco de noche, sirvió el agua con solicitud cariñosa, y preguntó á la enferma:

—¿Quieres tomar algo, Filito?

—No, no me obligues á comer—dijo ella.—Ya sabes que no como nunca.

—Vamos, hijita; come un poquito de jamón, aunque no sea más que por darme gusto.

Y sacó de la cesta un trozo de carne asada y una tortilla de jamón y dos pollos en fiambre y siete rodajas de merluza y medio queso de bola...

La enferma, haciendo repulgos, cogió un pedazo de tortilla y se lo tragó de un golpe. Después, como si realizase un penoso sacrificio, atrapó un pollo y en menos de cinco minutos lo dejó en los huesos. Tras el pollo vino la carne, y tras la carne la merluza frita, y después el queso de bola y una docena de higos.

En fin, antes de llegar á Avila, la enferma había despachado unos dos kilos y medio de comestibles.

Y todavía seguía diciendo el esposo:

—¡Pobrecita! ¡Sufre mucho! Y lo peor es que se va á constipar con el aire que entra por la ventanilla. ¿A quién se le ocurre llevar abierta la ventanilla en el mes de Julio?

LUIS TABOADA.

FIGURA DECORATIVA

(MONÓLOGO DE UN MACERO DEL CONGRESO)

—¡Qué vida más divertida!
A espaldas del presidente
me paso toda la vida
hecho una estatua yacente.

Algunas veces me asombro
de tener tanta cachaza...
y tanta fuerza en el hombro
para sostener la maza.

Casi desde que amanece
vengo al Congreso, y me pongo
este traje, que parece
de los príncipes del Congo.

Son dos horas horrorosas
las que yo me paso así.
¡Por supuesto, que las cosas
que se observan desde aquí!...

Me revientan las tribunas,
completamente atestadas

de señoras importunas,
siempre tan encopetadas.

¡Qué continuo saludar
á ciertos diputaditos!
Y ¡qué modo de chupar...
de chupar caramelitos!

Hay un diputado, que
desde que se abrió el Congreso,
siempre se ha ocupado de
hacer solamente eso.

Escribe aquí diariamente,
y nunca le falta á quién,
y dirá probablemente
que se halla bastante bien.

A él no le importa un comino,
ni le inquieta, á mi entender,
que el problema ultramarino
aún esté sin resolver;

ni lo del *bill Mac-Kinley*,
ni *nuestros vinos en Francia*,
ni otros proyectos de ley
de tantísima importancia.

Su novia, ninguna tarde
ha faltado á la sesión;
ni él tampoco, haciendo alarde
de padre de la nación.

Ella le ve desde arriba,
él la mira desde abajo,
y en esto tan sólo estriba
casi todo su trabajo.

De seguro, en el distrito,
los muy tontos pensarán
que el nuevo diputadito
trabaja con mucho afán.

¿Y este pollito apreciable

es, según dice la ley,
para todo invulnerable
igual que si fuera el Rey?

¿No se le puede tocar?

¿Es su persona sagrada?

¿Y no se le puede dar

una paliza bien dada?

¡Vamos, hombre! Cualquiera diga

se me acaba la cachaza,

y á ese de la mayoría...

¡nada, le tiro la maza!

Ya sé yo que mi existencia

pongo, con esto, en un tris;

¡¡pero tengo la evidencia

de que hago un bien al país!!

FÉLIX LIMENDOUX.

Antes que te cases...

Por Carmona he sabido, bella Torcuata,
que te las vas echando de literata;
que publicas sonetos y seguidillas
que al demonio le sacan de sus casillas.
También sé que entusiasmas en el piano
y que tienes muy buena voz de soprano.
Pues cuando cantas—dicen—trovas de amores,
rabian, locos de envidia, los ruseñores.
Que eres el entusiasmo de tus amigas
y además presidenta de varias *ligas*,
y que te jactas de ello constantemente.
Eso, querida amiga, no está decente.
¿Qué? ¿Esperas que te eleven á un alto puesto,
poniendo así las *ligas* de manifiesto?
Me han dicho que manejas bien los pinceles
y que sigues la escuela del sabio Apeles;
en fin, que en la pintura, canto y poesía,
eres un lindo estuche de monería.
Por lo cual, y admirando tantos primores,
llevas tras sí, *una recua* de adoradores;
y el que está más prendado de tus hechizos
es un pollo extremeño, que hace chorizos,
al cual tú correspondes de tal manera,

que os casaréis *sin falta*... cuando Dios quiera.
Sé que tiene ese mozo genio endiablado,
y peca un poquitito de exagerado;
aunque, en cambio, desciende, según Carmona,
de una familia pobre, pero ladrona.
Y yo, que como amiga te considero,
antes de que te enlaces al choricero,
quiero, si me permites, darte un consejo,
mirando, amiga mía, por tu pellejo:
Abandona las musas, Torcuata hermosa;
aprende los deberes de buena esposa;
deja los picadillos y las fermatas;
dedícate á los guisos de las patatas,
y en vez de pintar santos y querubines
ensaya los zurcidos de calcetines.
Porque con el carácter de tu futuro
vas á pasar, Torcuata, más de un apuro;
pues si le vas con cuadros y con quintillas
es capaz de romperte trece costillas,
y como se enfurezca, ten entendido
que te pica... y te vende por embutido.

LUIS LOZANO.



Sigue el impuesto sobre la venta de periódicos, legumbres, etc., etc.

El Sr. San Pedro, para evitar que le levanten el gallo los vendedores, manda legiones de policías en su persecución.

Aunque quizá trate de inutilizar, *mayormente*, á los de hortalizas.

Porque si la venta de calabazas se activa, ¡quién sabe do irán las cabezas municipales!

Y ya saben Vds. cuál es la cabeza visible...

* * *

Recorte:

«Ayer empezó á colocarse sobre su pedestal, la estatua de D. Alvaro de Bazán...»

Ahora sólo falta que vengan tres ó cuatro *aristócratas* á ofrecerle *unas tintas* con limón, para que se refresque.

Aunque sería más fácil colocar un toldo sobre las estatuas, y así no se acalorarían sus admiradores al acercarse á ellas.

Es la mejor manera de calmar el sacro fuego del patriotismo.

Poner á los patriotas á la sombra.

* * *

Las morcillas extremeñas
le gustan tanto á Trifino
que el día en que no las come
arma la de Dios es Cristo.
Y ayer, al salir su esposa
para los baños de Trillo,
le decía á la criada:
—Ten cuidado con los niños,
y no te olvides de darle
la morcilla á mi marido.

EDUARDO VACAS Y ORIGA.

* * *

Del *Blanco y Negro*, en un bombo, *culinario y con pretensiones*, que da á varios industriales místicos:

«En una cacerola, que pueda ir á la mesa...»

Vamos, sí, porque las cacerolas, cuando se sueltan á andar, están monísimas.

Aunque hay, á veces, el inconveniente de que tienen las piernecitas torcidas, y entonces es necesario darles aceite de hígado de botijo.

Con hipofosfitos de sintaxis.



M. T. Rio.—«Salud y dinero
también tenía,
y comía mero
cuando me parecía.»

Bueno; todo es disculpable con tal de que no coma usted pan. ¡Mientras haya mero!...

Q. Q.—Madrid.—¡Todo sea por Dios! La semana en que se dan graciosos, más nos valiera bajar á la tumba fría:

A. E. I. O. U.—¿Toca V. el violón? ¡Suerte menguada!
¡Querer que se publique una charada!

Cepo.—Harto conocido el final. La idea, en general, tiene poco atractivo.

Un Gótico.—Muy bonito y muy serio. No debemos afligir á los lectores.

Farolillo.—Sólo sirve un cantar, y eso es poco.

Pito.—Mal medidos y *sin punta*.

Sr. D. J. C.—Logroño.—No es el que V. cree.

Jilguero.—Aranjuez.

«Esto es para decirte,
querido Pedro,
que si te encuentras bueno,
pues yo tan cuerdo.»

¡Anda salero!

Es V. el más *patoso*
del mundo entero.

Un seudónimo.—Ahora falta una sílaba; de todos modos, la composición no puede publicarse. Otra vez será.

R. C.—Madrid.—¿Amorosas? No; y menos con rípios, licencias á porrillo y figuras atrevidas.

Sr. D. F. de E.—Nada, repito lo que tengo dicho: O pensamientos sublimes, ó coplas festivas. Serias y vulgares, no sirven.

Orroysam.—Mire, mire: para hacer 16 renglones que aconsonantan porque terminan todos en pretérito imperfecto, no se necesita pensar mucho. ¡Digo yo!

Sr. D. L. L.—Madrid.—En turno impar.

P. P. T.—¿Con que al rechazarle los versos aquellos no tuve razón?

¡Ay! ¡Usted no sabe, Pepete del alma,
lo malos que son!

Un plomizo.—Si con la misma idea hiciera otra más corta... porque se hace pesada.

Zedmen.—¿Primos de la mujer? Con ese final dicen que escribió Adán los primeros versos.

Sr. D. S. R. S.—Córdoba.

«Loado sea Dios, las sombras que me turban.»

No, no se turbe V., y considere que dos vocales fuertes no forman diptongo.

Yago.—¿La verdad? Pues los versos, sosos, y el artículo más picante que la mostaza. En lo demás, no tiene V. razón: el público dispone.

Q. Q. Né.—Eso de pegarles *guantás* á las suegras, Sr. Cucuné,

(lo digo con pena), resulta más tonto
que hablar de Fabié.

Veleta.—Un poquito más originales, hubieran servido. ¡Así es la vida!

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA, impresores, calle de San Isidro, 6 duplicado.—Teléfono 260.



—¡Infame! ¿Te atreves á decirme que te has casado con Rosita? ¿Dónde ha sido, en San Sebastián?

—No, mujer; en sueños.

ANUNCIOS

EL CASCABEL

SEMANARIO SATÍRICO ILUSTRADO

Se publica todos los jueves y está redactado é ilustrado por los mejores escritores y dibujantes españoles.

Precios de suscripción en toda España: trimestre, 1'50 pesetas; semestre, 3; año, 6.
Extranjero y Ultramar: semestre, 6; año, 10.
Precios de venta: Número suelto ó atrasado, 10 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de un trimestre, y las de fuera de Madrid, así como los números atrasados, no se servirán si el pedido no se acompaña su importe en letras, libranzas o sellos de franqueo.

Los señores suscriptores tienen derecho á recibir gratis todos los números extraordinarios que se publiquen, como asimismo el Almanaque de EL CASCABEL; y los que lo sean por un semestre, á la inserción de un anuncio, por una sola vez.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de San Isidro, 6 dup.º

(Teléfono 260.)

Horas de oficina: todos los días de 10 á 5.

PUNTO CENTRAL DE SUSCRIPCIÓN

LIBRERÍA DE DON FERNANDO FE

Carrera de San Jerónimo, 2.

EL ÁGUILA

GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS

3 — Preciados — 3

¡Verdaderamente a ganga!

En el mejor punto de los Cuatro Caminos se vende, muy barato, un hotelito de recreo.

Darán razón en la Administración de este periódico.

RELOJES

Ancora plata, remontoirs, á 29 pesetas; de acero, á 20; de níquel, á 10. Roskopf legítimos, á 35. Composturas, con garantía, á mitad de precio. Especialidad en las de cronómetros y repeticiones. Se encarga de dar cuerda á domicilio.

Sal, 2 y 4, relojería

(Casi esquina á la calle de Postas.)

¡Á VESTIRSE BARATO!

Trajes á medida de 25, 30, 35, 40, 45 y 50 pesetas, á escoger género. Sastrería de Francisco Sánchez,

10—Plaza Mayor—10

DOLOR DE MUELAS

Lo cura sin operación

CALVO, DENTISTA

CARLOS PRAST

CONFITERÍA Y ULTRAMARINOS

8—ARENAL—8

(Teléfono núm. 283.)

PERFUMERÍA FRERA

Primera casa en perfumería fina, peines, peinetas de concha, marfil é imitaciones; cepillería fina y demás objetos de tocador.—Especial en blancos y tintes.

1, Carmen, 1, Madrid

La anemia,

bronquitis rebelde y el asma, se curan prontamente con los aparatos *ozonógenos* del Centro Médico Español. Resultados positivos.

Consultas de 10 á 12 y de 3 á 5.

Caballero de Gracia, 8, pral.

AU CARNAVAL DE VENISE

Julio y Agosto vende esta casa sus **existencias** á precios más baratos que en liquidación.

2—Carmen—2